



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

25 de Octubre de 1871.

NUM. 6.

UN CASO NO PREVISTO POR EL CÓDIGO.

A la caída de una tarde del otoño de 1865, en esa época del año que todo en la naturaleza se reviste de dulce y melancólica poesía, dos señoras muy jóvenes, seguidas de un criado, acababan de desembocar, de vuelta de un largo paseo, por una de las múltiples y estrechas veredas sembradas por altos y entrelazados árboles de laurel silvestre, que por doquier se encuentran en los campos de las provincias del Norte.

Nuestras jóvenes se internaron en un soto que terminaba en una agreste plazuela. Formabala por un lado altas montañas, de otro la espesura del soto, cuya maravillosa vegetación no es posible describir; viniendo á cerrar el recinto los colosales muros de un caseron, en otro tiempo señorial, según atestiguaba el escudo que adornaba la fachada, y dos torreones casi deruidos que se veían á sus costados, cubiertas sus murallas por la hiedra y el ramaje.

Nada puede bastar á dar una ligera idea de la extraña belleza que prestaba aquellos altos muros en un cuadro de vegetación tan espléndida, que venia á armonizar mas aun los mil arroyuelos que cual espejos de plata serpenteaban por entre la fresca yerba.

Al llegar nuestras dos jóvenes á la gran puerta de entrada del caseron, la que parecia de mas edad la franqueó apresuradamente, en tanto que la otra quedó contemplando el encantador espectáculo de aquel olvidado eden, en donde por todos los sitios de las montañas brotaban cascadas naturales y flores silvestres que apenas tienen horas de vida.

Abismada en sus pensamientos permaneció allí largo rato, pero por fin como quien disperta de un letargo, dió un profundo suspiro, diciendo á la vez: ¿por qué he de pensar tanto en él, cuando es preciso que le olvide?—Y terminado este monólogo se decidió á entrar en la casa, observando que una espesa niebla, que en esos países tarda solo segundos en condensarse, principiaba á velar el horizonte.

Sigámosla hasta llegar al piso principal en donde entró á un espacioso salon, en el que despues de desembarazarse de su sombrero y ligero abrigo, fué á sentarse al lado de una mesa en donde habia libros, una lámpara encendida y un cestito de labor.

Apenas, si habia tenido tiempo para entregarse á la lectura, cuando bruscamente entró su compañera diciéndola.

—¿Querrás creer, hermana mia, que aun

no ha venido Ramon? ¡Tres dias, señor, tres dias, sin saber por donde se encuentra, ni ocurrirle mandarme un recado y...!

Un golpe dado en la puerta vino á cortar sus palabras.

Presurosa se dirigió á abrir una de las ventanas que adornaban el salon, preguntando desde ella al criado que habia salido á franquear la entrada al recien llegado.

—Juan, ¿es algun recado del señorito?

—No, señorita, respondió el fámulo.

—¡Válgame Dios! balbuceó algun tanto exasperada la jóven, retirándose al propio tiempo de la ventana desde donde nada podia distinguirse por razon que al crepúsculo de la tarde habia sucedido una oscura noche que hacia mas triste y negra la niebla.

María, que así se llamaba la disgustada jóven, con evidentes muestras de aburrimiento principió á pasear á lo largo del salon; y en una de sus vueltas, dirigiéndose á su hermana, la dijo.

—¡Ay, Aurelia! te aconsejo no te cases nunca, no puedes calcular lo feliz que eres con estar libre.

Por las facciones de la aludida cruzó un mundo de ideas, sus cejas se fruncieron, contestando á su hermana con voz algo alterada.

—Ya sabes, María, que esa resolucion há tiempo que la tengo tomada; y dirigiéndola una mirada de inteligencia, añadió sonriendo dulcemente; aunque no por temor á las causas que á tí te guian á darme consejo.

Además, ¿crees que basta la libertad de soltera para vivir tranquila? Si se pudiese cerrar el corazon á las impresiones de la simpatía, desde luego tu consejo seria muy sabio. Pero te suplico no hablemos de esto; mi manera de pensar ya la conoces, y basta estás de oirme decir que en mi opinion, la base de la felicidad en el matrimonio estriba en la eleccion. ¿Qué dicha puede resultar si se unen dos seres enteramente opuestos en gustos, en ideas y en el modo de sentir? ¿No es indudable que de la igualdad resulta la armonía y de ésta la belleza?

—Cierto; mas sin embargo, no me negarás que en tu estado gozas libertades que no son posibles para mí. Por ejemplo, aquí en el campo, y lo mismo cuando te reunas á nuestro querido padre que nada te priva, puedes hacer el género de vida que mas te

agrade; si quieres estar sola, con encerrarte en tu habitacion lo consigues; ¡al paso que yo!...

—Tú, si no haces otro tanto, es porque no tienes pizca de sensatez en tu cabeza. Porque vamos, dime, ¿á qué viene esa agitacion, ese ir y venir y asomarte á la ventana, cuando tu marido te dijo se iba por cuatro dias, durante los cuales internado en el monte no podria mandarte noticias suyas? Adénas, ¿no le acompaña un criado de toda tu confianza, que si algo desagradable le sucediese vendria inmediatamente?

—Qué quieres, por mas que me propongo, el disgusto se apodera de mí, aunque estoy segura que nada de particular le ocurre.

—Pues teniendo ese convencimiento, ¿por qué te alteras? ¿No te consta que está entregado á su elemento, á su mayor diversion?

—Precisamente eso mismo es lo que me exaspera.

—No te comprendo, espícate.

La disgustada jóven cesó en sus vueltas, cogió una silla, y sentándose frente á Aurelia, que habia vuelto á comenzar su lectura, la interrumpió diciéndola del modo mas luminoso que cabe, por el profundo convencimiento y reflexion que envolvía la idea.

—Aquí tienes un caso no previsto por el código.

Aurelia, asombrada alzó sus ojos hasta su hermana, y tan interrogadora debió ser su mirada, que María se apresuró á añadir.

—No te admires, déjame acabar y veremos si por esta vez pienso con lógico sentido.

Dime, ¿por qué no se habian de castigar los delitos morales como se castigan los materiales?

—Convengo que tienes mil razones, y que algo mejor andaria el mundo si así sucediese.

—Pues bien, dime si no merece castigo el hombre que la engaña á una con falsas apariencias, que se presenta ofreciendo su cariño bajo las mas regulares formas, con las manos limpias, los cabellos en orden, para una vez casados cambiar la decoracion. El que se admitió rodeado de ese prisma se trasforma en cazador, y á la vuelta del monte se aparece con las botas con barro hasta las rodillas, las manos llenas de sangre, en cada uña un bote de betun, y la barba y el cabello mas enmarañadas que las

zarzas. ¿No es esto engañar de un modo bien triste?

—Concedido.

—Después, ya sabes que cuando llega sin decir palabra, lo único que hace es acosarse.

—¡Como quien está muerto de cansancio!

—¿Y eso es una razón para que á mí, el deber y la costumbre me obligue á tener que admitir la compañía de un hombre poco aseado, cuando la limpieza y pulcritud son en mí casi una monomanía? Creeme, Aurelia, se necesita poseer en muchos grados el heroísmo de la virtud para no sublevarse, ¿y cómo evitarlo?

—No pensando en ello.

—Eso se dice con mucha facilidad, pero en la ejecución...

Los ojos de María principiaban á llenarse de lágrimas; Aurelia las notó, y en idea de distraerla, fingiendo un tono ligero, la dijo.

—¡Ea! vamos á poner remedio á tu disgusto, bien tonto por cierto; colocando una doble fila de baños al redor de la cama, y así le obligarás á la forzosa, á menos que no dé el salto del trampolín, á darse un baño de pies.

—No te chances... si tú supieses... si estuvieses en mi lugar, comprenderías mi amargura.

—¡Ay! no, querida María, no quiero ni esperar saber nada, porque si algún día me pasase por la imaginación la idea de casarme, procuraré dar mi amor á un hombre que en vez de gustar de podencos y escopetas, tenga marcadísima afición á los libros y los estudios.

—¡Ojalá hubiese yo pensado como tú, ahora no tendría que llorar!

—Ni mucho menos el acordarte de reformar el Código, cuando la sociedad no te autoriza para ello; añadió Aurelia, dando un beso en la frente de su hermana, que fué cortado por los ladridos de una trahilla de perros que á manera de batidores llegaban anunciando la vuelta del cazador.

María, que era modelo de esposas, dominando su disgusto, se levantó para salir á su encuentro; Aurelia la siguió con la vista, y al verla desaparecer, murmuró:

—¡Dios mío, qué horrible es pensar que en esta mísera vida, los corazones mas hermo-

sos han de llevar siempre oculta una espina que lacere su existencia!...

ELENA CERRADA.

Á MI MADRE.

¡Oh madre, madre del alma!
Ven, sobre tu amante seno
Pueda descansar sereno
Mi doliente corazón;
La triste melancolía
En él fijó su morada,
Mas tu sonrisa adorada
Trueca en gozo mi dolor.

Nunca me preguntes, madre,
La causa de mi quebranto,
Ni por qué siempre que canto
Es tan triste mi canción.
¡Ay! en risueña alborada
Yo escuché á una tortolilla,
Y en su cántiga sencilla
También, madre, hallé dolor.

¡Ay madre! cuando era niña,
Al son de tus dulces besos
Yo soñé mil embelesos,
Mil ilusiones soñé;
Imágenes celestiales
Que el alma jóven adora,
Risueñas cual de la aurora
El nítido rosicler.

Y soñé que puro y bello,
De mi vida en los albores,
Me sonreía entre flores
Un eden de dicha y paz,
Y allí de esplendor vestida,
Una arrogante matrona
Me ofrecía áurea corona
Invitándome á cantar.

Y canté, y mi acento suave
Cual de una niña el acento,
Se elevó hasta el firmamento
En alas de su candor.

Que al ensayar yo mi canto,
El primer eco sentido
De mi lira desprendido
Fué un himno elevado á Dios.

Canté la voz de los cielos
Que eterna vibra en el alma,
La dulce y tranquila calma
De mi espíritu canté;

El amor que amor inspira,
Del heroísmo la gloria,
El laurel de la victoria,
La victoria de la fé.

Y luego ví que este mundo,
Que yo tan bello soñaba,
Solo amargura encerraba,
Llanto, tinieblas, dolor;
Y que el laurel anhelado
Que el mundo al poeta ofrece,
Es un laurel ¡ay! que crece
Con llanto del corazón.

¡Ay, madre! cuando era niña,
Al son de tus dulces besos
Yo soñé mil embelesos,
Mil ilusiones soñé;
Imágenes celestiales
Que el alma joven adora,
Risueñas cual de la aurora
El nítido rosicler.

De tanta y tan bella imagen
Como soñé entre los lazos
De tus amorosos brazos,
Solo existen, madre, dos;
Mas yo te juro que siempre,
Veneradas y queridas,
En mi alma irán unidas
Tu imagen y la de Dios.

Y en tanto que el alma libre
De la cárcel en que mora
Pueda saludar la aurora
De un cielo de eterna luz,
Estréchame en tu regazo,
¡Ay! que para mí en el mundo
El único amor profundo
Que existe, madre,.... eres tú!

BLANCA DE GASSÓ Y ORTIZ.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

LAS PIEDRAS PRECIOSAS.

EL DIAMANTE.

(CONCLUSION.)

No se conoce el origen del diamante. La química no posee ningún procedimiento para cristalizar el carbon. No sabemos, hasta hoy, de qué procedimiento se ha valido la naturaleza para presentarlo á los ojos del infeliz mortal, bajo la forma de

puro carbon cristalizado. Pero ello es lo cierto que los indios lo encuentran mezclado entre las arenas de los grandes rios, los negros lo buscan con afan entre las arenas auríferas del Brasil y aun los halla la raza blanca en los rios que bajan de las montañas del Oural en Rusia. En nuestra misma España dícese que las arenas del rio Sil en Galicia arrastran tambien algunos aunque de pequeño tamaño.

En el gabinete de mineralogía de la escuela de minas de Madrid, existe una plancha de una arenisca tallada de color rojizo, que los americanos llaman *Itacolumita*, que se cree ser la roca matriz de los diamantes, pero la verdad es que no se sabe de qué medio haya podido valerse Dios para cristalizar el carbon, y que los hombres no han llegado ni es probable que lleguen á fabricar diamantes artificiales verdaderos.

Los geólogos únicamente han descubierto, respecto al origen del diamante, que se encuentra en los terrenos cuaternarios, es decir, en las formaciones mas modernas de la costra de la tierra, en esa misma época en que se han verificado grandes inundaciones ó diluvios, en la que han aparecido los volcanes y en la que apareció el hombre. Es indudable que los terrenos en los cuales se encuentran los diamantes mezclados con las arenas auríferas, son terrenos de acarreo, porque la forma de canto rodado que afectan aquellos, hace creer que han sido trasportados ó arrastrados desde gran distancia. A primera vista el diamante en bruto no presenta ninguna particularidad, puede confundirse con cualquier sustancia cristalizada y rodada; presenta el aspecto de una piedrecita redondeada, lustrosa-cerea, sucia de arcilla ferruginosa, pero por su peso específico y venir acompañado de pepitas de oro, y de otros metales como el platino y el paladio, los lavadores de arenas los conocen á la simple vista.

Para ello se valen de hoyos abiertos en el mismo cauce del rio, por los que pasa una corriente de agua; en su interior colocan un cajon de madera, dentro del que disponen una piel de lana espesa y corta; en cada cajon se colocan dos operarios provistos ambos de una cacerola de madera con la que recoge porcion de arenas, y verifican un lavado especial, removiendo el

sedimento con las manos y decantando, con lo que consiguen que las pepitas de oro, los diamantes y las pajitas de iridio ó platino, se queden en el fondo de la vasija; verificando así un fescogido á mano muy escrupuloso, y dejando para las sustancias mas pesadas, que reposen sobre la piel del fondo, que luego la secan al sol y hacen el conveniente apartado. Los negros ocupados en esas faenas están vigilados por un capataz, y el concesionario de la explotación de arenas auríferas, ofrece á sus operarios un premio á la libertad, si son esclavos, al negro que encuentre un diamante de tamaño mayor de seis quilates, que despues de tallado valga veinte mil reales.

La labor del diamante en bruto se hace valiéndose de los cruceros naturales de la piedra, y modificandolos por medio de facetas ó pequeñas caras del cristal, á formar un todo esférico. Se sabe que esta piedra preciosa afecta las formas derivadas del sistema cúbico, y como en la naturaleza se encuentra rodado, toda la habilidad consiste en, sin disminuir notablemente su volumen, cortarlo segun las caras del crucero. Así se practica en la India.

Hay aparatos é instrumentos á propósito para tallar el diamante, y segun el modelo presentado en la Exposicion de París del año 67, la fabrica que reúne mejores condiciones es la establecida en la ciudad de Amsterdam (Holanda.) No nos entretendremos en entrar en pormenores sobre la disposicion de los aparatos empleados, por salir del objeto puramente recreativo de este periódico, remitiendo á los lectores que quieran enterarse mejor de los detalles de la fabricacion, á los números correspondientes de *La Ilustracion francesa*, que publicó una lámina sobre el particular, con su correspondiente explicacion.

Segun la forma en que queda el diamante tallado, así adquiere diferentes nombres.

Se llama *brillante* si está labrado dejándolo en idéntica cúspide por arriba y por abajo, siendo dos pirámides simétricas unidas por su base, de 12, 24 ó 48 caras. Se montan al aire cuando son limpios, es decir, que puestos á la luz solar no dejan ver en su interior ninguna mancha, y son completamente transparentes.

Se llama *rosa* cuando la labor es de me-

dio brillante y la base de la pirámide se halla soldada al guarda-joya.

Tabla se llama al diamante tallado en prisma achatado, de dos caras rectangulares grandes, faceteadas en los costados, ordinariamente van incrustados en la joya.

Estas tres formas de labor se suele dar á los diamantes naturales en escala descendente, de mayor á menor tamaño. Cuando ya son tan pequeños que no es facil soldarlos á los objetos de adorno, sirven en las grandes fabricas para reducirlos á polvo y formar una masilla con aceite que se dá á las plataformas giratorias de acero, á las que se aplica el diamante para sacar las caras del cristal segun el crucero.

La tasacion del diamante en bruto se verifica multiplicando por 128 rs. el cuadrado de su peso al aire libre, cuando no escede de un quilate.

Si está tallado y limpio é incoloro, ya sube de precio porque pierde la mitad de su peso y se aprecia cuadruplicando su valor, mientras no pasa de un quilate. Si sobrepasa de este peso, ya es condicional y hasta caprichosa la tasacion, porque depende del estado en que queda despues de labrado.

Los diamantes tallados segun lo sean en forma de brillantes, rosas ó tablas, segun su transparencia, y si son ó no incoloros, varian de estimacion. Los colores fuertes como el azul, rosa ó verde, son muy raros y de gran valor. Un brillante del tamaño de un garbanzo del país, y peso de un gramo que equivale á veinte granos y que esté limpio é incoloro, puede valer catorce mil reales.

Son raros los diamantes tallados que pasen de veinte gramos y no estan al alcance de todas las fortunas. Antiguamente se apreciaba el peso por un *Karat*, equivalente á 212 miligramos, pero los joyeros de hoy se valen del *quilate*, igual á cuatro granos y á 205 miligramos, casi igual al *Karat*.

Hé aquí la lista de los diamantes de mayor volumen conocido.

El del Rajá de Matan (isla Borneo).	300 quilates.
El del emperador del Mogol.	279 »
El del emperados de Ru-	

sia (del tamaño de un
huevo de paloma). . 159 »

El *Ko-i-noor* (montaña
de luz) encontrado en
Australia, pertenece á
la corona de Inglaterra 150 »

El llamado del Regente
(Francia) que pesaba
antes de tallarlo 410 y
es el mas hermoso. . 136 «

Los cuatro primeros se conservan tal
como se encontraron, y el último ha sido
tallado presentando una hermosa vista. El
mas grueso de los recogidos en el Brasil,
pertenece hoy á la corona de Portugal;
tiene la forma de un octaedro y pesa 124
quilates.

En el gabinete de mineralogía de la Es-
cuela de Minas de Madrid, existe una colec-
cion de modelos de estos cinco diamantes,
con sus correspondientes formas cristalinas.
Fué traída de París por el catedrático de
geología de la Universidad central Sr. Vila-
nova, y costó 125 francos.

Ultimamente, según aseguran algunos
periódicos, se ha descubierto una region
diamantífera de alguna importancia en las
arenas fluviales de los desiertos del Cabo
de Buena Esperanza, en donde la colonia
inglesa y bastantes prusianos se dedican á
buscar diamantes, y dícese que han encon-
trado algunos de regular tamaño.

J. V. P.

EL CAUTIVO.

BALADA.

I.

Auras leves que vagais
Por las vegas de Granada,
Hacia mi patria adorada
Volad, volad.

Decid á mi amada esposa
Que estoy cautivo del Moro,
Mas que guardo, cual tesoro,
El recuerdo de mi hogar.

Contad á mi anciana madre,
Que quizá llora mi muerte,
Que en la guerra fué mi suerte
Sacumbir, mas con honor.

Y á mi hija.... ¡Cuánto sufre
De ella ausente el pecho mio!
Conducidle el que le envío
Osculo tierno de amor.

II.

Leves auras que vagais
Del Darro en la verde orilla,
Hacia mi bella Castilla
Volad, volad.

Mas volved rápidas luego
A esta vega, rica en galas,
Trayéndome en vuestras alas
Gratas nuevas de mi hogar.

Y sepa yo si mi esposa
Tiene de verme esperanza,
Y si de mi madre alcanza
A mitigar el dolor.
Y de mi hija traedme,
Traedme en rápido giro,
Con su doliente suspiro
Osculo tierno de amor.

III.

Auras que vagais del Darro
Por la ribera florida,
Hacia mi patria querida
Volad, volad.

Hoy al cruzar los espacios
De luto sois mensajeras:
Huid, y llegad lijeras
Hasta mi huérfano hogar.

Y decid á los que amo
Cuáles ¡ay! mi suerte insana,
Que en un cadalso mañana
Daré mi alma al Creador.
¡Oh! llevadles, auras puras,
Del mísero prisionero
Con el suspiro postrero
Osculo tierno de amor.

Así murmuró el cautivo;
Y al rayar la nueva aurora
La cuchilla aterradora
Sobre su cuello se alzó.
Y al inclinar su cabeza
Dió un suspiro al aura leve,
Que de la apiñada plebe
Entre el grito se perdió.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

LA MUGER Y LAS FLORES.

(Continuacion.)

VIII.

LA MAGNOLIA.

Los climas meridionales producen los temperamentos sanguíneos, así como éstos engendran las fogosas pasiones.

Anunciata y Estéfano se amaban con puro é intenso amor. Nacidos en la ribera del Tiber, sus almas apasionadas se habian unido antes que la bendicion del sacerdote santificara aquella union con el lazo vitalicio del matrimonio.

Ella era tierna, sensible, apasionada y no concebía el amor sino dentro de esas manifestaciones, así que anhelaba una existencia de dulces caricias en brazos de su esposo, su única felicidad, el único objeto por el que amaba la vida que habia jurado al pié del altar consagrarle entera, recibiendo á la vez el mismo juramento.

Estéfano amaba á Anunciata mas que á su vida, mas que á la gloria que podia procurarle su profesion de escultor; la amaba como suelen amar los romanos, pero como todos los hombres, desvanecido el idealismo puro que es la atmósfera que respiran los recién casados los primeros meses de su union, no desatendia los buenos consejos que la sana razon le dictaba y procuraba arreglar sus hábitos á las necesidades materiales que nos impone la conservacion de la existencia, sin que su amor decreciese en lo mas mínimo.

Así era que Estéfano pasaba mas tiempo en su taller dedicado á sus trabajos de escultura, y menos al lado de su Anunciata, colmándola de tiernas caricias como en los primeros dias de su union.

—Tú ya no me amas, decia ella.

—Te amo como el primer dia, contestaba él.

—Eso no es posible; si me amaras como dices pasarías mas tiempo á mi lado como hacías entonces.

—Entonces, Anunciata mia, obraba en mí solo la pasion, y por grande que esta sea, no debe sobreponerse á lo que la razon y la prudencia aconsejan.

—Todo eso son vanos pretextos para escusar tu desapego.

—Todo eso son sanos consejos que tú misma deberías darme. Nosotros no poseemos mas haberes que el trabajo de mis manos. Si entregado á tu amor, que para mí es la suprema felicidad, descuido mis esculturas, serviré mal á los parroquianos y éstos me de-

jarán, no tendré mas remedio que cerrar el taller, y, ¿entonces de qué viviremos? ¿Comprendes el motivo porque no estoy tanto á tu lado? ¿Crees que yo podria ser feliz si no te proporcionaba todas las comodidades á que en nuestra modesta posicion podemos aspirar? Por tí, y solo por tí, trabajo hoy mas que ayer, porque hoy depende de mí una existencia que me es mucho mas cara que la mia.

Anunciata no replicaba ya, pero tampoco quedaba convencida. Ella deseaba amor, mucho amor, amor apasionado y tierno, y su Estéfano, aunque la amaba tanto ó mas que el primer dia, por razon de estar entregado á otros cuidados mas serios, no podia demostrárselo como entonces.

Anunciata se retiraba al rincon mas oscuro de la casa, y allí lloraba lo que ella llamaba su desventura. Su esposo lo notaba y procuraba consolar aquella inmotivada afliccion con sus amorosas caricias, pero ella no las agradecía porque las atribuía hijas de la compasion. De manera que la pena de Anunciata era cada dia mayor, porque su esposo no hacia lo que ella deseaba.

Un dia festivo Anunciata y Estéfano tomaron la *strada ferrata* de Frascati, y fueron á pasarlo en dicha poblacion, paseando entre los frondosos bosques de sus *villas* y aspirando los perfumes de sus embalsamados jardines. Anunciata amaba con delirio las flores y algunas de ellas en particular le merecian una predileccion idólatra. Estéfano tenia que visitar el jardin de la vila Panfilidoria para tomar modelo de unos jarrones de mármol que para la misma tenia que trabajar. Anunciata pasó una agradable mañana discurriendo por las enarenadas calles de aquel amenísimo sitio de recreo, contemplando las hermosas flores y aspirando su deleitoso aroma.

—No hay nada superior á esto, decia la bella romana á su esposo, estasiada ante un pequeño arbusto que tenia unas hermosísimas flores de un blanco aterciopelado y con hechiceros reflejos.

Era una Magnolia.

—Convengo contigo, que en su clase es la flor mas hermosa y de perfume mas embriagador, dijo Estéfano.

—Yo viviria siempre aspirándole.

—¿No te fastidiaría?

—No.

—¿Lo crees así?

—Estoy persuadida.

—Pero llegaría á perjudicarte si es que no te fastidiaba.

—Lo que se hace con gusto no perjudica.

Estéfano calló, pero acercándose al jardinero que no lejos de allí se encontraba, le pidió le permitiera llevarse una Magnolia.

El jardinero sabia que el escultor era muy querido del príncipe su señor, que le confiaba todos los trabajos de escultura que en sus palacios y vilas tenían que ejecutarse, y no le quiso negar aquella petición. Por orden suya un mozo trasplantó una hermosa Magnolia á un cajón convenientemente preparado, y Anunciata loca de contento, tuvo el gusto aquella noche de que su planta favorita estuviese colocada en su misma habitación para mejor disfrutar de sus perfumadas emanaciones.

Cuando Anunciata se levantó al día siguiente experimentó un malestar inesplicable. El fuerte aroma de la Magnolia habia producido en su cerebro un principio de congestión. A pesar de su pasión por aquella flor, Anunciata tuvo el buen instinto de comprender que le habia causado daño, y la contemplaba con una especie de resentimiento.

—¿Cómo tú tan hermosa y con un perfume tan deleitable, causas mal á los que te quieren y con cariño te tratan para prolongar tu existencia? le decia en tono de convencion.

—Porque has abusado del placer que proporciona, contestó Estéfano que lo habia oido todo. El perfume de la Magnolia que de tal manera embarga tu olfato proporcionándote placer, es nocivo á la naturaleza si se aspira mucho tiempo, y sobre todo en punto donde no circule bien el aire. Y como nuestro propio instinto de conservacion hace que nos sea repulsivo todo lo que nos perjudique, de ahí que sientas antipatía hácia esa flor que antes constituia toda tu delicia.

—Tienes razon, contestó Anunciata, y de tu argumento deduzco una consecuencia.

—Todo lo que se disfruta con medida, es mas grato al alma y mas placentero á los sentidos. De modo que....

—Nuestro amor, interrumpió Estéfano, es un perfume tanto ó mas embriagador que el de la Magnolia. Si uno ú otro abusamos de él, llegará á sernos nocivo al corazon y á la naturaleza; é instintivamente se nos hará antipático porque nos hará daño la continuacion de un mismo placer. Y entonces ¿qué?

—Cuánta razon tenías, Estéfano mio, dijo Anunciata. Me has convencido, ó mejor dicho, la Magnolia me lo ha probado. De hoy en adelante no creeré que has dejado de amarme, y viviré entregada por completo á tu direccion. Deposito en tí mi fé, segura de que no defraudarás mi esperanza que es la

de conservar tu amor toda la vida; porque yo tampoco quiero que el mio hácia tí decrezca nunca.

Y Estéfano estrechando cariñosamente á Anunciata entre sus brazos y sellando sus lábios con un amoroso beso, se fué á su taller á trabajar tranquilo y alegre, porque su esposa habia aprendido lo que ninguna mujer tierna y apasionada debería ignorar.

La Magnolia, maestra de la apasionada y sencilla Anunciata, colocada en un pequeño jardin que los esposos se arreglaron en su casita, vivió muchos años como la reina de las flores, que para disfrutar de sus encantos reunió en él la esposa del escultor Estéfano.

(Se continuará.)

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

MOVIMIENTO LITERARIO.

Con el título de *Flores sin aroma*, vá á coleccionar sus poesías nuestro estimado amigo y colaborador, el jóven poeta D. Victor Iranzo y Simon. Tambien nuestro amigo y colaborador el Sr. D. Ernesto Garcia Ladeseve está terminando un nuevo libro, que verá la luz muy pronto, y que titula *Cantos de la tarde*; porque sus composiciones están escritas á esa melancólica hora en que el sol se oculta trás las elevadas cumbres de los montes de su patria, convidando al poeta á abismarse en sus recuerdos. De ambas obras nos ocuparemos apenas vean la luz pública.

En la librería de los sucesores de Badal, se ha puesto á la venta un festivo folleto titulado *Glorificación de D. Francisco Suñer y Capdevila*, en el cual su autor, nuestro respetable amigo y colaborador D. Gaspar Bono Serrano, combate las ideas emitidas en el sacrilego folleto *Dios*, del exdiputado catalan. Recomendamos esta obra á nuestros lectores, seguros de que pasarán un rato de grato solaz con su amena lectura.

X.

Valencia: Imp. de José Maria Ayoldi, Caballeros, 7.